

## **Las raíces del fracaso americano**



# **Las raíces del fracaso americano**

Morris Berman

Traducción de Eduardo Rabasa



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o  
almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:  
*Why America Failed. The Roots of Imperial Decline*

Copyright © Morris Berman, 2010

Primera edición: 2012

Traducción  
Eduardo Rabasa

Copyright © Editorial Sexto Piso, S.A. de C.V., 2012  
París 35-A Colonia  
del Carmen  
Coyoacán, 04100  
México D. F., México

Sexto Piso España, S. L.  
Camp d'en Vidal 16, local izq.  
08021, Barcelona, España

[www.sexto piso.com](http://www.sexto piso.com)

Diseño  
Estudio Joaquín Gallego

Formación  
Quinta del Agua Ediciones

ISBN: 978-84-15601-02-9  
Depósito legal: M-21198-2012

Impreso en España

# ÍNDICE

Prefacio	13
I. La búsqueda de la abundancia	23
II. El reinado de Wall Street	65
III. La ilusión del progreso	93
IV. El reproche de la Historia	137
V. El futuro del pasado	181
Notas	211



*Para Ferenc M. Szasz*  
(1940-2010)



Buena parte de la cultura americana contemporánea es un extenso experimento de privar a la gente de lo que más anhela.

Thomas Lewis *et al.*, *A General Theory of Love*

La totalidad del sistema moderno me parece fundamentada en una falsa visión del hombre... Hay un cierto espíritu de confianza en sí mismo que, si se abandona a su tendencia natural, inevitablemente traerá consigo una desgracia más profunda y extensa para el hombre que la que la tierra haya visto jamás.

Richard Henry Dana, 1853

Cualquier historia del capitalismo debe contener la historia sombra del anticapitalismo.

Joyce Appleby, *The Relentless Revolution*



## PREFACIO

Cuando se asienten las cenizas del imperio americano y nuestra historia se reescriba desde el privilegiado punto de vista de una era postamericana, ¿cómo se verá la civilización americana en retrospectiva? «La creación de Estados Unidos de América», escribió el historiador Walter McDougall, «es el acontecimiento principal de los últimos cuatrocientos años». Sin duda. La cuestión es, en última instancia, ¿de qué se trata Estados Unidos? Durante todos estos años, ¿qué representaba en realidad? De hecho, si buscamos la respuesta en los lugares adecuados, no tenemos que esperar hasta 2040 ó 2050 para obtener una respuesta. Como afirma McDougall, junto con los historiadores David Potter, William Appleman Williams y con otros tantos, Estados Unidos fue desde sus orígenes una civilización orientada a los negocios. El *Discourse of Western Planting* [Discurso de la plantación occidental], considerado por McDougall una «obra maestra de la literatura promocional», explicaba las ventajas estratégicas que Inglaterra obtendría de la colonización de América del Norte, incluida la madera, el pescado, las pieles y los mercados emergentes para el comercio textil. «Ya desde el siglo xvi», añade el historiador Leo Marx, «la campaña americana era el objeto de una especie de calculada promoción de bienes raíces». En efecto, esta orientación comercial se convirtió en nuestro rasgo distintivo. La meta principal de la civilización norteamericana, y la de sus habitantes, es y siempre ha sido una economía en expansión perpetua —abundancia— e innovación tecnológica sin límites: «progreso». Una nación de oportunistas, escribe McDougall; un pueblo en perpetuo movimiento.<sup>1</sup>

Es cierto que también puede argumentarse la existencia de una tradición alternativa, de naturaleza esencialmente moral o

«espiritual», que consideraba la búsqueda de la abundancia como una meta superflua, desprovista de cualquier significado, y una amenaza para cualquier sentido espiritual que el país esperara tener. Como demostraré en las siguientes páginas, esta nación jamás ha carecido de representantes de esa tradición, desde el capitán John Smith hasta el presidente Jimmy Carter. Aunado a lo anterior se encontraba una tradición «republicana» clásica que se oponía al lujo, que definía la virtud en términos del servicio público en lugar del interés personal al desnudo («corrupción»). De hecho, varios historiadores han afirmado que esta tradición fue central para la ideología de la Guerra de Independencia de Estados Unidos. El problema es que, en términos de comportamiento real, en oposición al discurso, cuestiones como el puritanismo y el republicanismo no fueron rivales para la tradición dominante. En particular tras la Guerra de Independencia, los críticos alternativos no fueron capaces de modificar el «vector», la dirección general de Estados Unidos, de manera sustancial. Podemos apreciar el descomunal poder o inercia de este «vector», por ejemplo, en las reacciones ante las dos grandes «llamadas de atención» a la economía de *laissez-faire* de los últimos cien años, es decir las crisis de 1929 y 2008.

Consideremos la reacción a la de 1929, por ejemplo: lo que caracterizó al New Deal de Roosevelt no fue una reorganización y reestructuración serias de la economía de Estados Unidos, sino unas cuantas concesiones a los pobres y la clase trabajadora. La mayoría de los historiadores coinciden en que el papel histórico de Franklin Roosevelt no fue el de abolir el capitalismo sino el de preservarlo, que fue precisamente lo que hizo. De manera similar, la decisión del presidente Obama de nombrar asesores económicos neoliberales (como Timothy Geithner y Lawrence Summers), con vínculos estrechos a las industrias banqueras que rescataron con posterioridad (inicialmente con 12 billones de dólares, y después con mucho más) fue un esfuerzo por seguir en la misma línea y ver qué sucede; esta maniobra no ayudó en nada a los millones de

desempleados y llenó los bolsillos de los ricos. Etiquetar a estos presidentes de «socialistas» no son sino desvaríos demenciales de la derecha política.<sup>2</sup>

En cualquier caso, en este libro no voy a ocuparme del socialismo organizado, opuesto a la tradición dominante, aunque sí hablaré sobre preocupaciones sociales y redes de protección sociales. Que el socialismo político organizado jamás tuvo la oportunidad de arraigar en Estados Unidos es un tema ampliamente explorado por sociólogos, desde Werner Sombart hasta Seymour Martin Lipset. El consenso generalizado es que, a diferencia de Europa, donde la clase trabajadora resintió la inequidad social y formó partidos de izquierda viables (incluidos los comunistas), en Estados Unidos las clases inferiores eran susceptibles de ser adoctrinadas por las historias de escritores como Horatio Alger y el mito del hombre autosuficiente. De hecho, la evidencia estadística demuestra con claridad que la gran mayoría de americanos mueren en la misma clase social en la que nacieron. No tiene importancia: Bill Gates es un héroe ante la mayoría de sus compatriotas, porque éstos albergan la errónea creencia (sería más preciso decir «alucinación») de que ellos también podrían tener 50 mil millones de dólares algún día en el banco, ser una celebridad y derrochar de manera fastuosa. No les pasa por la cabeza que pueda haber algo perverso en un sistema que permite que una sola persona acumule ese tipo de riqueza. Así que a pesar de que Estados Unidos en realidad no ofrece a sus ciudadanos las necesidades básicas para una vida feliz y placentera, los ricos duermen con gran tranquilidad.<sup>3</sup>

También puede argumentarse que, en términos de una crítica sustancial de la cultura dominante, el socialismo se queda muy corto. Como señala con acierto Jackson Lears en *No Place of Grace* [Sin lugar de gracia], «los ácidos de la modernidad a menudo son tan corrosivos bajo regímenes tanto socialistas como capitalistas». Ello se debe a que el socialismo es inherentemente «progresista» en su punto de vista; jamás se opuso a la riqueza, o a la modernización, o a la innovación tecnológica;

tan sólo deseaba que los beneficios del sistema se distribuyeran con mayor equidad. Tampoco realizaba ninguna distinción real entre progreso moral y material, distinción que yo considero absolutamente crucial, si es que hablamos de alternativas genuinas. Es por ello que, como concluye Lears, «los más poderosos críticos del capitalismo en realidad han mirado hacia atrás y no hacia delante», y también esto explica por qué el conservadurismo, en el sentido de preservar cuestiones como la familia, la artesanía y la comunidad, es el verdadero radicalismo, la verdadera alternativa a lo que tenemos ahora. Pero en mi opinión también debe incluir —y como ya se señaló a menudo así fue— una profunda oposición moral o espiritual a la persecución de la riqueza. El hecho de que haya sido una causa perdida es lamentable, pero eso no altera en modo alguno a la crítica como tal.<sup>4</sup>

Por supuesto que el oportunismo tiene un lado positivo, como bien señala McDougall. La ambición, la innovación, el trabajo duro, la organización y la mentalidad yanqui de «sí se puede» trajeron como resultado que Estados Unidos produjera una tercera parte de las manufacturas mundiales a un siglo de su fundación. Estoy seguro de que estamos de acuerdo en que no es un logro menor. Pero, en última instancia, ¿para qué servía todo? En el siguiente siglo, la tradición dominante empezó a revertirse en nuestra contra; en ese sentido, los años de George W. Bush, por ejemplo, no parecen tan discontinuos de lo que sucedió antes. Nuestra garrafal intervención en Irak ciertamente formó parte de la mentalidad expansionista de *sí se puede*, y los beneficios estratosféricos para las empresas Halliburton, Blackwater, Caci y Titan en la aventura imperial están bien documentados. No es sorprendente que el fraude que se produjo en Enron sea, de alguna manera u otra, endémico en varias corporaciones americanas, y que los hábitos de comportamiento despiadado, engaño y autoindulgencia ilimitada sean comunes a casi todas. En realidad, la supervivencia comercial en Estados Unidos depende de ese tipo de comportamiento, como admitiría cualquier alto ejecutivo de una

empresa (de manera extraoficial, desde luego). Esto sucede también a nivel municipal. No es sorprendente que la alcaldesa demócrata de Baltimore, Sheila Dixon, robara dinero destinado a familias necesitadas para comprarse juguetes electrónicos. ¿Qué demonios estaba pensando? En este sentido, vale la pena destacar que la señora Dixon no mostró arrepentimiento tras su detención, jamás se disculpó con la ciudad de Baltimore, y empezó a cobrar una pensión de 83 000 dólares tras su renuncia. El fiscal del estado de Maryland estaba indignado. Aseguraba que Dixon al parecer consideraba que la corrupción no era algo tan grave, y que había «perdido contacto con la realidad». ¿Pero de qué realidad se habla en este caso? Es razonable argumentar que su modo de actuar fue tan sólo un reflejo ligeramente distorsionado del comportamiento general de la economía americana. Después de todo, aquí también hubo oportunismo.<sup>5</sup>

La tecnología y el «progreso» —definido en un sentido estrictamente material— han desempeñado evidentemente un papel importante en la búsqueda de la abundancia. El economista austríaco Joseph Schumpeter consideró que la innovación tecnológica ilimitada era la clave para la expansión económica; la llamó «destrucción creativa». El problema es que ahora nos encontramos ante una situación en donde la destrucción excede por mucho a la creación, una situación acontecida por el hecho de que el «progreso» se defina estrictamente en términos de lo que es tangible. Lo que perdemos, sin embargo, es intangible, así que es difícil para la mayoría de la gente comprender lo que en realidad se pierde. ¿Se le puede llamar progreso a tener cuarenta y siete (o los que sean) tipos distintos de navajas de afeitar en el mercado? ¿Se le puede llamar progreso a cenar con un grupo de amigos cuando la mitad de ellos pasa la velada hablando por teléfono (por lo general en la misma mesa) en lugar de entre ellos? ¿o cuando una horda de clientes de Wal-Mart literalmente aplasta a alguien hasta matarlo para apoderarse de un dvd con descuento, y después se niega a hacerse a un lado cuando llegan los médicos?<sup>6</sup> Si esto

es el progreso, no estoy seguro de que podamos soportarlo durante mucho más tiempo. Pero no renunciaremos a perseguirlo, como tampoco renunciaremos al oportunismo; es imposible que ocurra. La tecnología moderna es sumamente adictiva, y embona muy bien con la mentalidad del oportunismo. La «destrucción creativa» es una descripción irónicamente apta para describir su funcionamiento.

Esto nos conduce a un punto interesante. Con la caída de la Unión Soviética, la civilización liberal burguesa derrotó a su viejo rival socialista. Sin embargo, varios académicos han señalado que teníamos mucho en común con ese enemigo. Nuestro propio sistema es socialista: no para el ciudadano medio, desde luego, sino para las corporaciones, para aquéllos muy ricos. Casi todos los negocios del gobierno son realizados con éstas, y son a quienes protege en tiempos de crisis: «capitalismo de bienestar corporativo», como lo nombró Ralph Nader (o Joseph Stiglitz). Por otro lado, si miramos hacia las sociedades islámicas, encontramos algo que en verdad es diferente, ya que su naturaleza es esencialmente tradicional. A pesar de lo que podemos pensar de Alá, en las sociedades islámicas la religión viene primero, y les da a esas sociedades una base de significado comunal. Contrariamente a las teorías en desuso sobre el «poder suave», la única manera de imponer nuestra idea de progreso a estas culturas es la guerra, que fue exactamente lo que el Norte hizo al Sur de Estados Unidos a partir de 1861 (véase el capítulo 4). Ciertamente, las sociedades islámicas son opresoras, tratan mal a las mujeres y tienden a ser intelectualmente estáticas. Pero también cuentan con códigos de hospitalidad agraciados y ponen gran énfasis en la familia, la comunidad y la lealtad. Y si bien la economía global los ha dejado con extremos de riqueza y pobreza, el oportunismo no es parte del etos islámico, así como tampoco la innovación tecnológica. A largo plazo, pese a nuestro esfuerzo, no conseguiremos dominar o derrotar a estas sociedades tradicionales, como son Irak, Irán o Afganistán; y en cuanto a la «guerra contra el terror», no es más que la cruzada de un tonto, como

sabe cualquiera con dos dedos de frente. En breve, no seremos capaces de hacer con el Islam lo que el Norte hizo con el Sur durante la Guerra Civil, ni en un plano cultural ni en un plano militar. Esto nos lleva a preguntarnos cómo se resolverá esta dialéctica. Si tuviera que predecirlo, diría que probablemente se adaptarán y aprenderán mucho de nosotros (principalmente, cómo derrotarnos en nuestro propio juego); mientras tanto, al empecinarnos en ser obtusos y xenófobos, lo más probable es que ignoremos cualquier aspecto positivo de su cultura que valga la pena imitar, tan convencidos de la superioridad de nuestro estilo de vida.<sup>7</sup>

Dejando de lado todo lo anterior, al fin llegamos al asunto del futuro de la tradición alternativa en Estados Unidos. En términos de impacto político, desde luego que no tiene futuro, ya que el porcentaje de los norteamericanos no interesados en el oportunismo, o dedicados al servicio público desinteresado es bastante pequeño. Si el compromiso con la artesanía, la comunidad, el bien público, el entorno natural, la práctica espiritual y la «vida sencilla» —«vivir con simpleza y pensamiento elevado», como lo dijo Wordsworth— ha tenido sus seguidores en los últimos años, este compromiso, a excepción de comunidades utópicas marginales como los *shakers* o los *amish*, fue subsumido con facilidad por la cultura dominante, y/o convertido en alguna moda o tendencia popular. (El imperio mediático de Martha Stewart, por poner un ejemplo contemporáneo, está construido en la comercialización de lo doméstico, la simplicidad y los beneficios del trabajo manual.) Es irónico que incluso el republicanismo haya sido puesto al servicio de la vida oportunista; Benjamin Franklin es un buen ejemplo de lo anterior.<sup>8</sup> Como ya se señaló, la lenta vida tradicional jamás adquirió una forma política, con excepción del Sur. Sólo puedo imaginar un escenario bajo el que podría ocurrir lo anterior: el derrumbe total de la cultura dominante. Desde luego, si llega el día en que no sale agua del grifo, no hay comida en las tiendas, los hospitales y aeropuertos están cerrados, y la corriente eléctrica se interrumpe, podemos estar seguros de que

el ejército patrullará las calles. ¿Pero qué pasa si también se derrumba la disciplina militar? Después de todo, el gobierno no puede patrullar cada calle de cada ciudad, y en todo caso los soldados también son humanos; podrían considerar que el ejercicio carece de sentido y desertar masivamente. En un contexto tal, los juguetes tecnológicos y las grandes cuentas bancarias servirán de poco, y el consumo improductivo será imposible, por no decir ridículo. En ese momento, el vacío de este estilo de vida será demasiado obvio como para ser negado, y quizá los valores de la tradición alternativa cobren preeminencia, de forma seria y no sólo como tendencia a corto plazo o como una especie de moda radical. También podríamos ver el surgimiento de movimientos de secesión, ante la impotencia de la federación en esta ocasión para hacer algo al respecto.<sup>9</sup>

Todo esto puede parecer descabellado, pero el de 2008 difícilmente será el último o el más severo desplome económico que hemos de experimentar. Amigos, nos encontramos en el umbral de nuestra civilización; las cosas serán muy distintas en 2040 —quizá incluso en 2025— a como son en la actualidad.<sup>10</sup>

La parte triste (o muy frustrante) es que el verdadero significado, el verdadero valor de la vida, ha estado ahí todo este tiempo en la historia americana; siempre estuvo a la mano. Por lo menos fue una posibilidad. Dado que el oportunismo y la innovación tecnológica sí tienen un aspecto positivo, el verdadero meollo de la cuestión estriba en el equilibrio, a saber: dónde encajan estos asuntos en el sentido general, o la «ecología moral», de la vida humana. Si se convierten en el sentido de la vida, entonces por definición la vida carece de sentido, porque «más» no es un sentido. A esto se refería uno de los asesores de Jimmy Carter cuando describió a los Estados Unidos como una «sociedad orientada a las metas sin meta alguna». En última instancia, ¿qué era la «ciudad sobre la colina» que tenía en mente John Winthrop en 1630, en aquel famoso sermón pronunciado en el *Arabella* conforme avanzaba de Inglaterra hacia América? Deben tener cuidado, dijo a su rebaño,

con que «el bien de la gente se imponga a los intereses privados». No se refería al oportunismo, ni a los bienes, sino *al bien*, a la mancomunidad. Decidimos no seguir ese camino, y hoy pagamos el precio.<sup>11</sup>

Morris Berman  
México, 2011

